Cuando vuelves sin motivo

No necesita otra excusa. Necesita una invitación.



Laura Bellini

Cuando vuelves sin motivo

No necesita otra excusa. Necesita una invitación.

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384904169

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - Las condiciones del regreso 12
Capítulo 2 - Fuera del horario de apertura 23
Capítulo 3 - Entre una estantería y otra 36
Capítulo 4 - Las cosas que no se dicen de inmediato 46
Capítulo 5 - El derecho a decir no 56
Capítulo 6 - El momento que elegimos 66
Capítulo 7 - Bajo otra luz 74
Capítulo 8 - Al otro lado de la puerta 84
Capítulo 9 - El precio de una decisión compartida 93
Capítulo 10 - Sin otra excusa 103
Capítulo 11 - Un lugar para dos 113
Capítulo 12 - La excusa que no existía 122
Capítulo 13 - Los límites del compromiso 131
Capítulo 14 - La verdad entre nosotros 141
Capítulo 15 - Todas las razones que nunca dijimos 150
Capítulo 16 - La distancia que necesitábamos 161
Capítulo 17 - Lo que queda cuando nos marchamos 170
Capítulo 18 - Una invitación sin condiciones 180
Capítulo 19 - Una velada que pertenecía a todos 189
Capítulo 20 - Cuando vuelves sin motivo 200

INTRO

Por primera vez en diecisiete años, decidí cerrar la librería de segunda mano antes de las seis de la tarde. No por enfermedad, por una avería ni por una celebración familiar. Simplemente quería salir antes de que anocheciera, dar un paseo junto al río Óder y cenar algo que no hubiera preparado yo misma. A mis cuarenta y cinco años, una decisión así no debería requerir un valor especial. Y, sin embargo, mientras daba la vuelta al cartel de «Abierto» que colgaba de la puerta, me sentía como si estuviera a punto de cometer un pequeño delito contra mi propia vida.

La librería de viejo «Druga Strona» ocupaba la planta baja de un antiguo edificio en una calle secundaria de Szczecin, cerca de la avenida Wojska Polskiego. Tenía ventanas altas, un suelo que crujía y un olor que jamás habría podido reproducir con ningún perfume. Papel, madera, un poco de polvo y el café que siempre me olvidaba de beber. Durante años había organizado aquel lugar para que cada objeto tuviera su razón de ser. Incluso el sillón junto a la ventana, tapizado en terciopelo verde oscuro, no estaba allí como adorno. Era para las personas que necesitaban unos minutos de tranquilidad antes de regresar al mundo.

Aquella tarde, sobre el sillón descansaba mi vestido azul marino.

Lo había llevado por la mañana en una funda, con la intención de cambiarme después del trabajo. Tenía reservada una mesa para una persona en un pequeño restaurante de Łasztownia. No pensaba dar explicaciones a nadie sobre por qué una mujer que dirigía una próspera librería de viejo necesitaba planificar con tanto cuidado una

velada a solas. Había pasado los últimos meses organizando la vida de otras personas: pedidos, tasaciones, reuniones, búsquedas de ediciones raras y favores para conocidos que siempre tenían algún problema urgente. Ahora quería hacer algo exclusivamente para mí.

A las cinco y veintisiete sonó el teléfono.

En la pantalla apareció el nombre de Maria, mi amiga y antigua cómplice en todas aquellas iniciativas que comenzaban con las palabras «es solo un pequeño favor».

—Si vas a pedirme que guarde otras seis cajas de libros, la respuesta es no —dije en lugar de saludar.

—Tres. Pero no llamo por eso.

—Maria...

—¿Te acuerdas de la librería «Pod Żurawiem»?

Miré la estantería situada detrás del mostrador. En el estante más alto había una antigua edición de poesía encuadernada en tela que había comprado precisamente allí, cuando todavía era estudiante. La librería estaba en un edificio interior de la calle Jagiellońska. Había cerrado más de una década atrás y sus escaparates llevaban mucho tiempo cubiertos por hojas de papel amarillentas.

—Por supuesto que me acuerdo.

—La nueva propietaria quiere abrirla durante una noche antes de decidir qué hacer con el local. Invitar a los antiguos clientes, recuperar un poco de su ambiente. He pensado que podrías ayudar con los libros.

Sentí aquella familiar punzada de interés. «Pod Żurawiem» no había sido una tienda cualquiera. Allí descubrí que era posible pasar una tarde entera entre estanterías sin sentirse sola ni un instante. La antigua propietaria, la señora

Helena, nos permitía sentarnos en el suelo con volúmenes que no podíamos permitirnos comprar. No me apetecía ver aquel lugar convertido en otra cafetería con sillas de diseño.

—Puedo prestar algunos ejemplares de la época y ayudar a seleccionar los títulos. Pero no voy a encargarme de organizar todo el evento.

—Precisamente por eso te llamo. Habrá otra persona encargada del montaje de la exposición.

Oí el roce de unos papeles y aquella vacilación tan característica de Maria.

—¿Quién? —pregunté.

—Zenon Leśny.

Apoyé la mano en el mostrador. Durante un instante solo escuché el traqueteo lejano de un tranvía y el suave zumbido del ventilador que había sobre la puerta.

No veía a Zenon desde hacía casi nueve años. En otro tiempo había sido una de esas personas capaces de entrar en una habitación y advertir inmediatamente algo que los demás pasaban por alto. Cambiaba una lámpara de sitio, abría una ventana o apartaba una silla, y de pronto el espacio adquiría sentido. Diseñaba exposiciones, montajes museísticos y pequeños interiores a los que sabía dotar de personalidad. También tenía la irritante costumbre de hacer preguntas que resultaba imposible responder sin revelar algo personal.

—Creía que vivía en Poznań —dije.

—Ha vuelto a Szczecin. Lleva aquí algún tiempo.

—Entiendo.

—Delfina, no tienes por qué convertir esto en un acontecimiento histórico.

—No lo estoy haciendo.

—Ya te oigo.

No respondí. Recordaba la última noche en que habíamos hablado de verdad, durante horas. Estábamos sentados en una sala vacía, después de que terminara una exposición, y Zenon me hablaba de un proyecto que iba a transformar su vida profesional. Tenía esposa, planes y un futuro claramente definido. Yo acababa de abrir mi librería y estaba convencida de que acercarse demasiado a la persona equivocada podía costar más que la soledad. Nunca había ocurrido entre nosotros nada que tuviéramos que ocultar. Quizá precisamente por eso conservaba un recuerdo tan incómodamente preciso de aquella noche.

—Mañana te enviaré los detalles —anunció Maria—. Y tranquila, hoy nadie va a molestarte.

Colgué sin creerme aquella última frase.

A las cinco y cuarenta y dos escuché la campanilla de la puerta.

Estaba frente al espejo de la trastienda, con uno de los botones de la blusa desabrochado. Regresé rápidamente a la zona de ventas, preparada para informar con amabilidad al cliente rezagado de que estábamos cerrando. Sin embargo, las palabras se me quedaron en la punta de la lengua.

Zenon Leśny estaba en medio de la librería, con una carpeta plana bajo el brazo. Llevaba un abrigo gris antracita y una camisa clara con las mangas remangadas. Su cabello, antes oscuro, se había vuelto visiblemente gris en las sienes. También observé pequeñas arrugas alrededor de sus ojos. Aparentaba sus cuarenta y nueve años, y había algo sorprendentemente atractivo en ello.

No se puso a mirar los libros enseguida.

Me miraba a mí.

—Delfina.

Pronunció mi nombre con tanta naturalidad como si nos hubiéramos despedido el día anterior.

—Zenon. Por lo visto, tú te encargas del montaje.

Sonrió ligeramente.

—¿Maria ya te ha llamado?

—Me ha advertido de cierto proyecto. No mencionó que uno de sus responsables aparecería hoy.

—Estaba cerca. Quería preguntarte si tenías alguna fotografía antigua de la librería.

—Una llamada habría sido más sencilla.

—Sin duda.

No intentó inventarse una respuesta mejor. En lugar de eso, miró el vestido que descansaba sobre el sillón y después el reloj situado encima del mostrador.

—Te estoy interrumpiendo.

—Precisamente iba a cerrar.

—Entonces no te entretengo.

Lo dijo sin el menor rastro de resentimiento, pero seguía allí, inmóvil. Había algo en su mirada que no recordaba. Inseguridad, quizá cansancio. El Zenon que yo conocía siempre tenía un plan preparado. Aquel hombre parecía haber venido con la intención de decir algo importante, pero haber perdido el valor en el último momento.

—Tengo una fotografía —dije finalmente—. De la reapertura de la librería después de la reforma, en 1998. Espera.

Saqué la fotografía de un cajón etiquetado como «Szczecin — lugares». Zenon se acercó al mostrador. Se situó cerca de mí, pero dejó entre nosotros suficiente espacio para que fuera yo quien decidiera si quería reducir aquella distancia. Reconocí su aroma discreto, amaderado, y recordé que, años atrás, precisamente por aquel olor prolongaba nuestras conversaciones incluso cuando ya no nos quedaba nada que decir sobre el asunto que nos había reunido.

Se inclinó sobre la fotografía.

—La señora Helena siempre colocaba esta mesita junto a la entrada —comentó—. ¿Te acuerdas? Con los libros que nadie quería comprar.

—Porque decía que los libros que nadie quería eran los que más necesitaban un buen sitio.

—Tú también pensabas así.

—Sigo pensándolo.

Me miró con una sonrisa que esta vez no era simplemente cortés.

—Me alegra que no todo haya cambiado.

Podría haberle preguntado por su vida, por su esposa, por aquellos años de ausencia. Sin embargo, ninguna de esas preguntas me parecía apropiada junto al mostrador, entre la caja registradora y una pila de facturas pendientes de pago. Solo observé que no llevaba alianza. No sabía qué significaba y no pensaba inventarme una historia para explicarlo.

Zenon introdujo la fotografía en el sobre que yo le había preparado.

—Te la devolveré mañana. ¿Puedo pasar por la tarde?

—Puedes dejársela a Maria.

Vaciló.

—Por supuesto.

Le sujeté la puerta cuando salió. El aire de la tarde olía a lluvia y a adoquines mojados. Se detuvo en la acera y se volvió hacia mí.

—Estás muy guapa, Delfina.

Bajé la mirada hacia mi blusa corriente y el puño desabrochado.

—Todavía no he tenido tiempo de cambiarme.

—No me refería al vestido.

Durante unos instantes permanecimos frente a frente, separados por el umbral de la librería. Después, Zenon asintió, me deseó una buena noche y se alejó en dirección al cruce.

Cerré la puerta, pero no apagué la luz.

El vestido azul marino seguía esperándome sobre el sillón. Mi reserva en el restaurante continuaba en pie. Tenía todo lo necesario para disfrutar de aquella velada tranquila y agradable que llevaba tanto tiempo deseando.

Y, sin embargo, durante varios minutos me quedé mirando la acera vacía a través del cristal.

No porque quisiera que Zenon regresara a buscar otra fotografía.

Quería saber si, cuando ya no tuviera ningún motivo profesional, sería capaz de venir simplemente para verme.

Y había otra pregunta que me inquietaba todavía más: si algún día se atrevía por fin a pedírmelo, ¿tendría yo el valor de invitarlo a formar parte de mi vida?

Capítulo 1 - Las condiciones del regreso

A la mañana siguiente llegué a la librería de viejo media hora antes de lo habitual. No porque estuviera esperando a Zenon. Al menos, esa fue la versión que me repetí mientras corregía por tercera vez la disposición de los libros del escaparate y me preguntaba si la blusa verde oscuro que llevaba no resultaría demasiado elegante para un día corriente de trabajo.

La noche anterior había cenado sola, tal como lo había planeado. Me tomé una copa de vino, pedí un postre y pasé la mayor parte del tiempo contemplando las luces que se reflejaban en el agua. Había sido agradable. Mucho, incluso. Solo que, cuando el camarero me preguntó si esperaba a alguien, respondí con una firmeza exagerada que no. No comprendí hasta más tarde cuánto me había irritado la pregunta en sí.

Ahora, de pie entre las estanterías, tenía delante un problema mucho más concreto. Maria me había enviado durante la noche un primer plan para recuperar la librería «Pod Żurawiem». Tres páginas llenas de entusiasmo, ideas generales y frases que comenzaban con «podríamos». No había presupuesto, calendario ni información sobre quién se encargaría de cada tarea. En cambio, sí aparecía una lista de treinta y siete personas a las que Maria pretendía invitar y una anotación manuscrita: «Seguro que a Delfina se le ocurre algo precioso».

Era precisamente lo que quería evitar.

Amaba los libros antiguos, sus historias y a las personas capaces de reconocer el valor de las cosas que otros consideraban inútiles. Pero eso no significaba que quisiera

dedicar cada momento libre a rescatar las ideas ajenas. Durante los diecisiete años que llevaba al frente de «Druga Strona», había aprendido que, a veces, la obligación más agotadora era aquella que nadie nos había encomendado oficialmente.

A las diez entró Maria con dos vasos de café.

—Tienes cara de estar preparándote para unas negociaciones de paz —observó.

—Si pretendes organizar un evento sin presupuesto, puede que necesitemos negociar.

Dejó el café sobre el mostrador y miró a su alrededor con la expresión de alguien que acaba de descubrir algo sospechoso.

—¿Blusa nueva?

—Vieja.

—Pero hacía mucho que no te la ponías.

—Maria, tengo cuarenta y cinco años. Soy perfectamente capaz de elegir mi ropa.

—No estoy cuestionando tus capacidades.

Se sentó en el borde del sillón y examinó el documento que yo había impreso. Maria poseía un talento especial para poner en marcha proyectos en los que otras personas descubrían habilidades que desconocían. El problema era que, en ocasiones, las descubrían contra su voluntad.

—He hablado con la propietaria del local —dijo—. Se llama Natalia Borkowska. Heredó el edificio de su tía. Quiere comprobar si la antigua librería podría volver a convertirse en un lugar de encuentro.

—¿Así que todavía no sabe si va a reabrirla?

—Precisamente por eso organizamos esa velada. Para demostrar que sigue habiendo interés.

—¿Y si no lo hay?

Maria dejó su vaso.

—Entonces, al menos, nos despediremos de ese lugar como se merece.

No podía negar que aquel argumento me llegaba. Recordaba a la señora Helena sentada detrás del mostrador, con un lápiz sujeto entre el pelo. Recordaba las tardes de invierno en las que nos dejaba leer junto a una pequeña estufa. Había sido una de las primeras personas que me dijeron que debía dedicarme profesionalmente a los libros.

—Puedo preparar una selección de cien títulos —dije—. Algunos de mis propios fondos y otros en depósito. Pero quiero controlar dónde se colocan y cómo se protegen.

—Zenon tiene su propia propuesta.

—Lo sé. Y precisamente por eso pienso establecer los límites desde el principio.

La campanilla de la puerta interrumpió nuestra conversación.

Zenon entró con un tubo para planos y una bolsa grande de papel. Ya no llevaba el abrigo. Un jersey azul marino acentuaba la anchura de sus hombros, y los mechones grises de las sienes se veían más claramente a la luz de la mañana que el día anterior. También observé que llevaba la misma carpeta en la que había guardado mi fotografía.

—Buenos días —dijo—. Espero que no hayáis empezado sin mí.

—Precisamente estamos decidiendo lo que no te vamos a permitir hacer —respondí.

Miró a Maria y después a mí.

—Me parece sensato. Siempre es mejor conocer los límites antes de cometer un error.

Maria sonrió con una satisfacción que ni siquiera intentó disimular.

Zenon extendió varios pliegos sobre la mesa. Eran bocetos de la antigua librería, secciones de las distintas estancias y propuestas para distribuir la iluminación. Trabajaba con la precisión que recordaba. Cada línea tenía una razón de ser. No intentaba impresionar con soluciones complicadas. Mostraba el espacio como si fuera capaz de descubrir sus posibilidades incluso antes de retirar el polvo y los muebles viejos.

—Quiero dejar al descubierto la pared original con las estanterías —explicó—. Conservar las huellas del uso que tuvo. La gente no debería entrar en una librería nueva que pretende parecer antigua. Debería contemplar un lugar que realmente ha sobrevivido al paso del tiempo.

—Estoy de acuerdo —dije.

Enarcó las cejas.

—¿Tan pronto?

—No te acostumbres.

Señalé la parte central del plano.

—Aquí propones unas mesas abiertas con libros. No estoy de acuerdo si pretendes colocar en ellas mis ejemplares.

—¿Por qué?

—Porque la gente los dejará en cualquier sitio. Algunos tienen más de cien años. Otros poseen encuadernaciones

delicadas. No pienso tener que explicar después a los propietarios de los libros depositados que alguien utilizó una primera edición como posavasos.

Zenon examinó el dibujo.

—Entonces necesitamos ejemplares que puedan tocarse sin riesgo de dañarlos.

—Eso cambiará el carácter de la exposición.

—Tal vez. Pero si lo encerramos todo detrás de un cristal, estaremos creando un pequeño museo, no una velada para devolverle la vida a una librería.

Maria alternaba la mirada entre nosotros.

—¿Quizá podríamos encontrar una solución intermedia?

—Primero quiero escuchar exactamente qué propone Zenon —dije.

Él dio la vuelta al pliego y dibujó varios rectángulos.

—Tres zonas. La primera, con libros que los visitantes puedan hojear libremente. La segunda, con ediciones valiosas debidamente protegidas. Y la tercera, un espacio donde los antiguos clientes puedan contar sus historias. Pero con una condición.

—¿Cuál?

Me miró directamente a los ojos.

—No quiero que trates esto como otra exposición que puedes preparar sola para después entregarla completamente terminada. Tenemos que trabajar juntos. Desde el principio.

No me gustó su tono. Era tranquilo, pero firme. Y todavía me gustó menos que probablemente tuviera razón.

—No necesito que nadie me supervise —respondí.

—Y yo no tengo intención de hacerlo.

—Entonces, ¿por qué condicionas nuestra colaboración a que participe en cada etapa?

—Porque conoces la historia de ese lugar y a las personas que lo frecuentaban. Sin ti puedo crear una escenografía bonita. Contigo podemos recuperar algo auténtico.

Durante unos instantes no supe qué responder. Zenon no estaba intentando apropiarse de mis conocimientos. Al contrario, hablaba de ellos con tanta convicción que resultaba difícil encontrar un argumento contra su propuesta.

—Puedo dedicar al proyecto dos tardes por semana —anuncié—. Ni una más.

—Para empezar será suficiente.

—Y nada de visitas improvisadas con nuevas ideas.

Una sonrisa apenas perceptible apareció en su rostro.

—Esa condición va a resultar especialmente difícil.

—Una razón más para dejarla por escrito.

Maria soltó una carcajada, pero yo seguí seria. Sabía lo deprisa que era capaz de entregar mi tiempo a los demás. También sabía reconocer cuándo alguien resultaba lo bastante interesante como para que mis propias normas empezaran a parecerme exageradas.

Durante la hora siguiente examinamos las posibilidades de la antigua librería. Maria habló por teléfono con Natalia, mientras yo comprobaba la disponibilidad de los ejemplares que podrían formar parte de la exposición. Zenon escuchaba atentamente. Cuando hablaba del valor de una encuadernación concreta, no me interrumpía. Cuando él

explicaba la importancia de la luz para la percepción del espacio, yo no intentaba demostrar que sabía más.

Aquel equilibrio resultaba sorprendentemente agradable.

Alrededor del mediodía, Maria tuvo que marcharse a una reunión. Nos quedamos solos junto a la mesa cubierta de bocetos.

Zenon enrolló uno de los pliegos, pero no cogió el siguiente.

—¿De verdad querías salir temprano ayer? —preguntó.

—De verdad.

—¿Lo conseguiste?

—Sí. Cené en Łasztownia.

—¿Estuvo bien?

—Muy bien.

—Me alegro.

Lo dijo con tanta naturalidad que durante un instante me quedé sin respuesta. No preguntó con quién había ido. No intentó sacar conclusiones. Se interesó por la velada en sí, como si el hecho de que hubiera hecho algo para mí fuera suficientemente importante.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Qué hiciste después de salir de aquí?

—Me fui a casa. Intenté trabajar en el proyecto, pero apenas avancé.

—¿Por qué?

Se pasó una mano por la nuca.

—Pensaba en lo mucho que ha cambiado Szczecin. Y en lo extraño que resulta regresar a lugares en los que uno ha dejado una parte de sí mismo.

No sabía si hablaba únicamente de la ciudad. Sentí la tentación de preguntarle qué lo había llevado exactamente a regresar. En lugar de hacerlo, cogí mi taza.

—Algunos lugares aceptan bien los regresos —dije—. Otros ya no nos pertenecen.

—¿Y las personas?

Lo miré.

—Las personas nunca nos pertenecen, Zenon.

Aceptó mi respuesta sin sonreír.

—Tienes razón.

Se hizo el silencio. No era incómodo, pero tenía un peso que no podía ignorar. Zenon me observó durante unos instantes, como si estuviera a punto de añadir algo. Finalmente, cogió la carpeta.

—Prepararé una versión corregida del proyecto. Me gustaría enseñártela el jueves.

—¿A qué hora?

—Después del cierre de la librería sería lo más cómodo.

—¿Para quién?

Soltó una risa suave.

—Para mí, desde luego.

—El jueves tengo clases de restauración de encuadernaciones. Termino a las seis y media.

—Puedo venir a las siete.

—¿Otra vez quieres hablar de trabajo fuera del horario?

Se detuvo junto a la puerta.

—Parece que tengo un talento especial para eso.

No respondí de inmediato. Su mirada permaneció sobre mi rostro un poco más de lo que exigía una conversación estrictamente profesional.

—Envíame antes el proyecto —dije—. Decidiré si es necesario reunirnos.

Asintió.

—Por supuesto, Delfina.

Cuando se marchó, volví a ordenar la mesa. Solo unos minutos después me di cuenta de que había dejado sobre ella una pequeña hoja de papel. Era un boceto a lápiz de la entrada de la antigua librería. Entre los detalles de la fachada había reservado un espacio para un pequeño banco bajo la ventana.

En la parte inferior había escrito: «Para quienes no quieren marcharse enseguida».

Me quedé contemplando aquellas palabras durante un buen rato.

No sabía si se refería exclusivamente a los clientes de la antigua librería. Lo que sí sabía era que, por primera vez en muchísimo tiempo, alguien había sido capaz de cuestionar mis planes sin hacerme sentir menospreciada. Zenon no me pedía que renunciara a mis opiniones. Quería que las compartiera con él y que las utilizáramos juntos.

Era una diferencia que podía resultar peligrosa.

Por la tarde llamó Maria.

—¿Y bien? ¿Cómo ha ido?

—Hemos establecido las condiciones básicas.

—¿Solo eso?

—¿Qué esperabas?

—Nada. Pero Zenon me ha llamado hace un momento y me ha preguntado si siempre eres tan exigente.

Sentí una punzada de irritación.

—Espero que le hayas respondido con sinceridad.

—Le he dicho que eres todavía peor cuando confías en alguien.

—Muy útil.

Maria se echó a reír.

—¿Sabes qué ha contestado?

No se lo pregunté, pero me lo contó de todos modos.

—Que entonces tendrá que esforzarse.

Colgué poco después, alegando que tenía clientes. Sin embargo, la librería estaba vacía y yo permanecí varios minutos detrás del mostrador, mirando hacia la entrada.

No me gustaba que alguien intentara ganarse mi confianza. Demasiadas veces había significado que necesitaba algo concreto de mí.

Zenon también necesitaba algo. Mis conocimientos, mi tiempo y mi compromiso. Por lo tanto, debería tratarlo como a cualquier otro colaborador.

El problema era que ningún otro colaborador conseguía, con una sola frase pronunciada tranquilamente, hacer que empezara a preguntarme qué me gustaría escuchar de sus labios la próxima vez.

Aquella noche recibí un mensaje.